

masculina o femenina: si tal llamada llega a tu corazón, ¡no la acaltes! Deja que se desarrolle hasta la madurez de una vocación. Colabora con esa llamada a través de la oración y la fidelidad a los mandamientos. «La mies es mucha». Hay una gran necesidad de que muchos oigan la llamada de Cristo: «Sígueme». Hay una gran necesidad de que a muchos llegue la llamada de Cristo: «Sígueme». Hay una enorme necesidad de sacerdotes según el corazón de Dios. La Iglesia y el mundo actual tienen urgente necesidad de un testimonio de vida entregada sin reserva a Dios, del testimonio de este amor esponsal de Cristo, que de modo particular haga presente el Reino de Dios entre los hombres y lo acerque al mundo.

[...] Así pues, deseo confiar a todos vosotros, jóvenes destinatarios de la presente Carta, este trabajo maravilloso que se une al descubrimiento, ante Dios, de la respectiva vocación de vida. Este es un trabajo apasionante. Es un compromiso interior entusiasmante. Vuestra humanidad se desarrolla y crece en este compromiso mientras vuestra personalidad joven va adquiriendo la madurez interior. Os arraigáis en lo que cada uno y cada una de vosotros es, para convertirse en lo que debe llegar a ser: para sí mismo, para los hombres y para Dios.

Sugerencias para una reunión con jóvenes:

Estas reflexiones de Juan Pablo II son muy ricas y dan para, al menos, dos reuniones de preparación de la JMJ. Los jóvenes pueden reflexionar en torno a las siguientes preguntas:

1. ¿Qué importancia tiene para ti lo que la Iglesia te dice sobre la juventud?
¿Hay algún otro modo de ver lo que es la juventud en tu ambiente o en la cultura actual? ¿Cuál es el verdadero? ¿Quién puede responder a los interrogantes de la adolescencia, de la juventud?
2. Sobre la responsabilidad. ¿Crees que está suficientemente valorada en tu ambiente? ¿Cómo puedes crecer en responsabilidad? ¿Por qué te cuesta a veces esta virtud?
3. Sobre Dios amor. ¿Crees que es una pérdida vivir como hijos de Dios?
¿De verdad, vives que Dios es amor? ¿Cómo puedes crecer en este amor?
4. La Vida Eterna. ¿Valoras la vida eterna? ¿Cómo puede ser el seguimiento de Cristo fuente de vida eterna?
5. Los mandamientos y la conciencia. ¿Van los mandamientos contra la conciencia? ¿Si hay un conflicto a quien hay que seguir y por qué?
6. La vocación. ¿Crees que Cristo tiene una vocación para cada joven?
¿Cómo descubrirla?



Tema 2º

¿Qué significa ser joven?

(1ª parte)



Conferencia Episcopal Española

Dpto. de Pastoral Juvenil

Temas complementarios

para prepararla JMJ de Madrid 2011

egoísmo. Cristo invita a los jóvenes a darlo todo a vivir la vida como don:

Cuando el joven pregunta sobre el «algo más»: «¿Qué me queda aún?», Jesús lo mira con amor y este amor encuentra aquí un nuevo significado. El hombre es conducido interiormente por el Espíritu Santo desde una vida según los mandamientos a otra vida consciente del don, y la mirada plena de amor por parte de Cristo expresa este «paso» interior. Jesús añade: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme».

Hay un modo muy particular de vivir la vida como don: el seguimiento de Cristo. Juan Pablo II invitó a los jóvenes en esta carta a que considerasen que Cristo les llama a seguirle. En otras palabras, a abrirse a la gracia de la vocación:

Sin embargo, en este momento deseo hablaros del significado particular de las palabras que Cristo dijo a aquel joven. Y hago esto convencido de que Cristo las dirige en la Iglesia a algunos jóvenes interlocutores suyos de cada generación. También de la nuestra. Aquellas palabras significan en este caso una vocación particular dentro de la comunidad del Pueblo de Dios. La Iglesia halla el «sígueme» de Cristo al comienzo de toda llamada al servicio en el sacerdocio ministerial, que en la Iglesia católica de rito latino está unida simultáneamente a la responsable y libre elección del celibato. La Iglesia encuentra el mismo «sígueme» de Cristo al comienzo de la vocación religiosa en la que, mediante la profesión de los consejos evangélicos (castidad, pobreza y obediencia), un hombre o una mujer reconocen como suyo el programa de vida que el mismo Cristo realizó en la tierra por el reino de Dios. Al emitir los votos religiosos, estas personas se comprometen a dar un testimonio concreto del amor de Dios por encima de cualquier cosa y, a la vez, de aquella llamada a la unión con Dios en la eternidad que se dirige a todos. No obstante esto, es necesario que algunos den un testimonio excepcional de tal llamada ante los demás.



Portada: Patricia y María, en recuerdo de un gran campamento.

Llegados a este punto, y como final de este segundo tema, escuchamos la voz del Papa que nos trasmite esta llamada de Cristo a seguirle:

Ésta es la razón por la que deseo decir a todos vosotros, jóvenes, en esta importante fase del desarrollo de vuestra personalidad

saberse amado, saberse amado eternamente y haber sido elegido desde la eternidad. Al mismo tiempo, este amor eterno de elección divina acompaña al hombre durante su vida como la mirada de amor de Cristo. Y acaso con mayor fuerza en el momento de la prueba, de la humillación, de la persecución, de la derrota, cuando nuestra humanidad esté casi borrada a los ojos de los hombres, cuando sea ultrajada y pisoteada; entonces la conciencia de que el Padre nos ha amado siempre en su Hijo, de que Cristo ama a cada uno y siempre, se convierte en un sólido punto de apoyo para toda nuestra existencia humana. Cuando todo hace dudar de sí mismo y del sentido de la propia existencia, entonces, esta mirada de Cristo, esto es, la conciencia del amor que en Él se ha mostrado más fuerte que todo mal y que toda destrucción, dicha conciencia nos permite sobrevivir.

Os deseo, pues, que experimentéis lo que sintió el joven del Evangelio: «Jesús, poniendo en él los ojos, le amó».

¿Qué me queda aún? Sígueme

Seguendo la redacción de san Mateo, el joven le pregunta a Cristo ¿qué me queda por hacer? El Papa en su comentario invita a cada joven a hacerse esta misma pregunta. Para esto es necesaria una gran sinceridad y docilidad ante el Señor; estar dispuesto a dejarse transformar por él; a estar dispuesto a entregarle a él la vida.

Esta pregunta (¿qué me queda por hacer?) es muy importante. Indica que en la conciencia moral del hombre y, concretamente del hombre joven, que forma el proyecto de toda su vida, está escondida la aspiración a «algo más». Este deseo se siente de diversos modos, y podemos advertirlo también entre aquellas personas que den la impresión de estar alejadas de nuestra religión.

[...] El deseo a la perfección, a «algo más» encuentra su explícito punto de referencia en el Evangelio. Cristo, en el sermón de la montaña, confirma toda la ley moral, en cuyo centro están las tablas mosaicas de los diez mandamientos; pero al mismo tiempo da a estos mandamientos un sentido nuevo, evangélico. Todo esto se concentra –como se ha dicho precedentemente– alrededor de la caridad, no sólo como mandamiento, sino además como don: «... el amor de Dios se ha derramado en vuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado».

Frecuentemente se habla de los jóvenes como generosos, como personas dispuestas al sacrificio. Quizá este modo de hablar es superficial y adulator. Todos estamos tocados por el pecado original, también los jóvenes, y una de las consecuencias de este pecado es el egoísmo que pesa sobre nuestra naturaleza. En su comentario el Papa encuentra una invitación a la superación de este

Cada año, alrededor de ciento treinta mil jóvenes, algunos con la mayoría de edad recién estrenada, sienten la llamada de la fama y se presentan al programa más emblemático del realismo televisivo, «Gran Hermano» (Juan Manuel de Prada)¹

Iniciamos este tema con esta reflexión del periodista católico Juan Manuel de Prada. En esta tema y en el siguiente queremos profundizar en algo de lo que han dicho los dos últimos Papas sobre la juventud, intentando responder a las siguientes preguntas ¿qué significado tiene ser joven? ¿Cristo tiene algún plan para nosotros? ¿Cómo debemos vivir en esta etapa de la vida? ¿Y nuestras diversiones? ¿Representa esta situación descrita por Juan Manuel de Prada el ideal máximo al que los jóvenes deben aspirar?

Desde sus orígenes la Iglesia ha hablado a los jóvenes. Uno de los primeros discípulos de Jesús, san Juan, el apóstol más joven, dejó escrita una carta a la primera Iglesia; en esta carta, él afirma lo siguiente:

Os he escrito, jóvenes, porque sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al Maligno. No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo -la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas- no viene del Padre, sino del mundo. El mundo y sus concupiscencias pasan; pero quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre².

Como la enseñanza de la Iglesia a los jóvenes es muy abundante, hemos escogido dos documentos de los Papas como muestra: la carta de Juan Pablo II a los jóvenes en el año 1985 (este tema) y el mensaje de Benedicto XVI a los jóvenes de este año 2009 (próximo tema). Ambos documentos se pueden conseguir fácilmente en Internet, y su lectura es muy recomendable. Así preparamos el camino para acoger el mensaje del Papa cuando nos encontremos con él en la JMJ

La carta de Juan Pablo II del año 1985

Juan Pablo II (1920-2005) fue elegido con la colaboración del Espíritu Santo para guiar a la Iglesia como sucesor del apóstol Pedro. Su pontificado duró casi 27 años, y fue uno de los más largos de la historia. Su amor a los jóvenes le

¹ Cfr. Juan Manuel de Prada, "Jóvenes basura", ABC, 13.XI.04

² Jn 1, 14-17

impulsó a iniciar en 1985 las Jornadas Mundiales de la Juventud. En las 19 que se celebraron a lo largo de su pontificado se reunieron millones de jóvenes de todo el mundo. En el año 1985 escribió una carta a los jóvenes que marcó el inicio de este movimiento al que nos estamos preparando. La primera mitad de este documento será nuestra guía en este tema.

El Papa comienza haciendo una llamada a los jóvenes sobre la importancia de su juventud. En los jóvenes está la esperanza, dado que pertenecen al futuro, y el futuro les pertenece. Por esto el joven tiene una gran responsabilidad en esta etapa de su vida, responsabilidad que ha de ser asumida por ellos mismos y orientada por su familia, por sus educadores y por la Iglesia. Esta responsabilidad con el futuro, propia de la esperanza cristiana, ha de hacer a los jóvenes estar dispuestos a dar cuenta de esta esperanza a todo aquel que se la pidiere.

Importancia
a de la
responsabilidad en
los jóvenes

Pero es necesario dar una respuesta a la pregunta: ¿qué significa ser joven? En el evangelio vemos que Cristo habla con los jóvenes, se dirige a ellos. En él hay diversos pasajes en los que se habla de los jóvenes (las resurrecciones del hijo de la viuda de Naín y de la hija de Jairo), pero hay uno que es especialmente importante: el diálogo con el joven rico (Mt 19,16). Este pasaje es el hilo conductor de la carta de Juan Pablo II. En ella Juan Pablo II invita a los jóvenes a tener un diálogo con Cristo al hilo de lo dicho en este pasaje. Destacamos los puntos principales:

A) La juventud como riqueza

Juan Pablo II se fija en que el joven del evangelio tenía muchas riquezas; sus posesiones entre otras cosas. Pero el Papa da un paso más, invitando a los jóvenes a considerar no sólo las riquezas materiales, sino sobre todo a considerar su propia juventud como una gran riqueza:

La riqueza
de la
juventud nos
acerca a
Cristo
buscando una
respuesta a
los
interrogan
tes de la
vida

.... se revela precisamente el perfil y la forma de riqueza que es la juventud. Es la riqueza de descubrir y a la vez de programar, de elegir, de prever y de asumir como algo propio las primeras decisiones, que tendrán importancia para el futuro en la dimensión estrictamente personal de la existencia humana. Al mismo tiempo, tales decisiones tienen no poca importancia social. El joven del Evangelio se encuentra en esta fase existencial, como deducimos de las mismas preguntas que hace en el coloquio con Jesús. Por ello, también las palabras conclusivas referentes a la «mucha hacienda», es decir, a la riqueza, pueden entenderse en este sentido preciso: el de la riqueza que es la juventud misma.

Jesús poniendo en él los ojos le amó.

Seguendo el coloquio de Cristo con el joven, llegamos al punto central del mismo. El Papa quiere que esta palabra de Dios que viene meditando se haga vida en la persona; que el joven experimente el amor de Cristo.

[...] os deseo que experimentéis, tras el discernimiento de los problemas esenciales e importantes para vuestra juventud, para el proyecto de toda la vida que se abre ante vosotros, aquello de que habla el Evangelio: «Jesús, poniendo en él los ojos, le amó». Deseo que experimentéis una mirada así. Deseo que experimentéis la verdad de que Cristo os mire con amor.



Él mira con amor a todo hombre. El Evangelio lo confirma a cada paso. Se puede también decir que en esta «mirada amorosa» de Cristo está contenida casi como en resumen y síntesis toda la Buena Nueva. Si buscamos el principio de esta mirada, es necesario volver atrás al libro del Génesis, a aquel instante en que, tras la creación del hombre «varón y mujer» Dios vio que «era

muy bueno». Esta primera mirada del Creador se refleja en la mirada de Cristo que acompaña la conversación con el joven del Evangelio.

Sabemos que Cristo confirmará y sellará esta mirada con el sacrificio redentor de la Cruz, puesto que precisamente por medio de este sacrificio, aquella «mirada» ha alcanzado una particular profundidad de amor. En ella está contenida una tal afirmación del hombre y de la humanidad de la que sólo Cristo, Redentor y Esposo, es capaz. Solamente El conoce lo que hay en el hombre: conoce su debilidad pero conoce también y sobre todo su dignidad.

Os deseo a cada uno y cada una de vosotros que descubráis esta mirada de Cristo y que la experimentéis hasta el fondo. No sé en qué momento de la vida. Pienso que el momento llegará cuando más falta haga; acaso en el sufrimiento, acaso también con el testimonio de una conciencia pura como en el caso del joven del Evangelio, o acaso precisamente en la situación opuesta: junto al sentimiento de culpa, con el remordimiento de conciencia. Cristo, de hecho, miró también a Pedro en la hora de su caída, cuando por tres veces había negado a su Maestro.

Al hombre le es necesaria esta mirada amorosa; le es necesario

del Decálogo del monte Sinaí y cuya cima se encuentra en el Evangelio: en el sermón de la montaña y en el mandamiento del amor.

JPII recuerda también recuerda a los jóvenes la existencia en ellos de la conciencia; la conciencia escribe en el corazón del hombre los mandamientos, aun cuando los hombres no los conozcan. Por la conciencia bien formada el hombre siempre tiene un juicio interior sobre la bondad o maldad de sus obras. Es, por tanto, muy importante tener una recta sensibilidad de conciencia para vivir una vida de santidad. La carta a los jóvenes lo presenta de la siguiente manera:

la recta conciencia responde a las respectivas obras del hombre con una reacción interior: ella acusa o excusa. Hace falta, sin embargo, que la conciencia no esté desviada; hace falta que la formulación fundamental de los principios de la moral no ceda a la deformación bajo la acción de cualquier tipo de relativismo o utilitarismo.

El Papa invita a los jóvenes a que consideren la sensibilidad de su conciencia:

Cristo os interroga sobre el estado de vuestra sensibilidad moral y pregunta al mismo tiempo sobre el estado de vuestras conciencias. Es ésta una pregunta clave para el hombre; es el interrogante fundamental de vuestra juventud, válido para todo el proyecto de vida que, precisamente, ha de construirse durante la juventud.

La grandeza del joven estará, pues en la grandeza de su conciencia, en la sensibilidad hacia los valores morales. Mediante el tesoro de la conciencia el joven se supera a si mismo en dirección a la eternidad. De este modo, el joven se construye a si mismo un morada en la Vida Eterna. Mediante una conciencia sensible y recta, el joven pone cimientos sólidos para el futuro; estos son los deseos del Papa para los jóvenes:

deseo que la juventud os dé una base robusta de sanos principios; que vuestra conciencia consiga ya en estos años de la juventud aquella transparencia madura que en vuestra vida os permitirá a cada uno ser siempre «personas que inspiran confianza», esto es, que son creíbles. La personalidad moral así formada constituye a la vez la contribución más esencial que vosotros podréis aportar a la vida comunitaria, a la familia, a la sociedad, a la actividad profesional y también a la actividad cultural o política, y, finalmente, a la comunidad misma de la Iglesia con la que estáis o podréis estar ligados un día.



Pero hemos de preguntarnos: esa riqueza que es la juventud ¿debe acaso alejar al hombre de Cristo? El evangelista no dice esto ciertamente; el mismo examen del texto permite concluir más bien en sentido opuesto. En la decisión de alejarse de Cristo han influido en definitiva sólo las riquezas exteriores, lo que el joven poseía («la hacienda»). No lo que él era. Lo que él era, precisamente en cuanto joven –es decir, la riqueza interior que se esconde en la juventud– le había conducido a Jesús. Y le había llevado a hacer aquellas preguntas, en las que se trata de manera más clara del proyecto de toda la vida. ¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna? ¿Qué he de hacer para que mi vida tenga pleno valor y pleno sentido?

B) La pregunta del joven y la respuesta de Cristo: Dios es amor.

La pregunta del joven rico, ¿qué he de hacer para ganar la Vida Eterna?, se refiere, nos dice Juan Pablo II a la pregunta fundamental de la existencia: ¿qué he de hacer para que mi vida tenga pleno valor y pleno sentido? ¿donde está la verdadera alegría? Esta pregunta no sólo se la hace éste joven del Evangelio; se la debe hacer todo joven que quiere tomarse en serio su vida. La respuesta que Cristo le hace no solo es para él. Es también válida para todo joven.

.... sólo Dios es el último fundamento de todos los valores; sólo él da sentido definitivo a nuestra existencia humana; [...] Sin él, sin la referencia a Dios, todo el mundo de los valores creados queda como suspendido en el vacío absoluto, pierde su transparencia y expresividad. El mal se presenta como bien, y el bien es descartado. ¿No nos indica esto mismo la experiencia de nuestro tiempo, donde quiera que Dios ha sido eliminado del horizonte de las valoraciones de los actos?

Esta respuesta del Papa nos invita a reflexionar sobre el papel que tiene Dios en nuestra vida. Como jóvenes vivimos en una familia, somos estudiantes o trabajadores, y también tenemos unas diversiones y unos momentos de ocio. ¿Está Dios presente en todos estos ámbitos? Cristo invita, pues, a llevar a Dios a todos ellos. Por ejemplo, en la familia, mediante la oración común. En los estudios, siendo responsables y estudiando por y para Dios. Y en las diversiones, prescindiendo de aquellos lugares donde no está presente Dios, y viviendo el orden en las mismas. En este campo de las diversiones, es necesario ser creativo para desarrollar entretenimientos que sean adecuados a la condición cristiana y que llenen el corazón de los jóvenes.

Cristo lleva al joven a Dios en la respuesta a su pregunta:

Cristo responde a su joven interlocutor del Evangelio. Él le dice:

¿Qué
lugares
ocupa
Dios
en tu
vida?

«Nadie es bueno sino sólo Dios». [...] ¿Por qué sólo Dios es bueno? Porque Él es amor. Cristo da esta respuesta con las palabras del Evangelio, y sobre todo con el testimonio de la propia vida y muerte: «Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo unigénito». Dios es bueno porque «es amor».

[...] Cuando Cristo al responderos os manda referir todo esto a Dios, os indica a la vez cuál es la fuente de ello y el fundamento que está en vosotros. En efecto, cada uno de vosotros es imagen y semejanza de Dios por el hecho mismo de la creación. Tal imagen y semejanza hace precisamente que os pongáis estas preguntas que os debéis plantear. Ellas demuestran hasta qué punto el hombre sin Dios no puede comprenderse a sí mismo ni puede tampoco realizarse sin Dios. Jesucristo ha venido al mundo ante todo para haceros conscientes de ello. Sin Él esta dimensión fundamental de la verdad sobre el hombre caería fácilmente en la oscuridad. Sin embargo, «vino la luz al mundo», «pero las tinieblas no la acogieron».

C) La pregunta sobre la Vida Eterna.

Ponerse ante Cristo es ponerse ante lo profundo de la vida humana, es estar dispuesto a descubrir a Dios actuando en la vida, y a dejar que él actúe en uno. En nuestra sociedad, frecuentemente solo valoramos lo tangible, y ponemos nuestra confianza en lo material, dejando de lado lo espiritual. Aun cuando la Iglesia no desprecia el mundo material, sino que lo valora y asume, hay un nivel más profundo en la vida, la vida sobrenatural que lleva a la vida eterna, que es lo que el joven le pregunta a Cristo. Leemos de nuevo a Juan Pablo II:

Está claro que, cuando nos ponemos ante Cristo, cuando Él se convierte en el confidente de los interrogantes de nuestra juventud, no podemos poner una pregunta diversa de la del joven del Evangelio: «¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?».

[...] En efecto, Cristo no sólo es el «maestro bueno» que indica los caminos de la vida sobre la tierra. Él es el testigo de aquellos destinos definitivos que el hombre tiene en Dios mismo. Él es el testigo de la inmortalidad del hombre. El Evangelio que Él anunciaba con su voz está sellado definitivamente con la cruz y la resurrección en el misterio pascual. «Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere, la muerte no tiene ya dominio sobre Él». En su resurrección Cristo se ha convertido también en un permanente «signo de contradicción» frente a todos los programas incapaces de conducir al hombre más allá de las fronteras de la muerte.



Más aún, ellos con este confin eliminan toda pregunta del hombre sobre el valor y el sentido de la vida. Frente a todos estos programas, a los modos de ver el mundo y a las ideologías, Cristo repite constantemente: «Yo soy la resurrección y la vida».

Por tanto, si tú, querido hermano y querida hermana, quieres hablar con Cristo adhiriéndote a toda la verdad de su testimonio, por una parte has de «amar al mundo»; porque Dios «tanto amó al mundo, que le dio su Hijo Unigénito»; y al mismo tiempo, has de conseguir el desprendimiento interior respecto a toda esta realidad rica y apasionante que es «el mundo». Has de decidirte a plantearte la pregunta sobre la vida eterna. En efecto, «pasa la apariencia de este mundo», y cada uno de nosotros estamos sometidos a este pasar.

Ahora bien, existe una antinomia entre la juventud y la muerte. La muerte parece estar lejos de la juventud. Y así es. Más aún, dado que la juventud significa el proyecto de toda la vida, construido según el criterio del sentido y del valor, también durante la juventud se hace indispensable la pregunta sobre el final. La experiencia humana dejada a sí misma, da la misma respuesta que la Sagrada Escritura: «Está establecido morir una vez», y el escritor inspirado añade: «Después de esto viene el juicio». Y Cristo dice: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá». Preguntad por tanto a Cristo, como el joven del Evangelio: «¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?».

D) Guarda los mandamientos La formación de la conciencia.

En el diálogo de Cristo con el joven, a la pregunta sobre la Vida Eterna, el Señor le propone guardar los mandamientos. El joven los conoce perfectamente y puede decir con alegría que los ha guardado siempre. El Papa comenta:



en este diálogo que Cristo sostiene con cada uno de vosotros, jóvenes, se repite la misma pregunta: ¿Conoces los mandamientos? Ésta se repetirá infaliblemente, porque los mandamientos forman parte de la Alianza entre Dios y la humanidad. Los mandamientos determinan las bases esenciales del comportamiento, deciden el valor moral de los actos humanos, permanecen en relación orgánica con la vocación del hombre a la vida eterna, con la instauración del Reino de Dios en los hombres y entre los hombres. En la palabra de la Revelación divina está escrito con claridad el código de la moralidad del cual permanecen como punto clave las tablas